

mudo, y daba grandes alaridos que molestaban en gran manera al acompañamiento. Mandó nuestro Santo al demonio que se callase, y obedeció al punto: orando después por aquel hombre, lo libró del demonio, volviéndole al mismo tiempo el uso de la palabra. A vista de prodigio semejante, el pueblo que hacía mucho tiempo que conocía á aquel energúmeno, dió gracias á Dios con el mayor entusiasmo, porque les había enviado un Santo tan grande.

En esta misma ciudad encontró un día á un niño pequeñito, hijo de Juan Ferrer de Aragón, y al momento dijo á los que le acompañaban: «Este niño ha de ser un buen Religioso de las Escuelas Pias» y se verificó el vaticinio veinte años más tarde, en 1652.

Cuando murió Gregorio XV estaba la casa de San Pantaleón llena de enfermos. No era pequeña la aficción de nuestro Santo, pues le faltaba lo necesario para cuidarlos y no tenía tampoco habitación para todos. Tomó un Novicio enfermo, le cedió su propia habitación y su misma cama que no era más que un jergón de paja, como la de los demás Religiosos, y un colchón que le había ordenado su confesor por su avanzada edad, 77 años, y por sus enfermedades. Entre tanto dormía José sobre un cofre de madera, con una almohada para la cabeza, y aquella enfermedad duró mucho tiempo. Al mismo tiempo estaba para morir en la enfermería otro novicio desahuciado de los médicos. Acercóse á él José, le tomó de la mano, lo hizo sentar en la cama, y le dió de comer. Con gran asombro lo encontró después el médico sin fiebre y enteramente sano.

Hacia mediados de 1624 llegó al último período de la tisis el P. Cittadini, y estaba para morir en San Pantaleón. Había recibido el Santo Viático y la Extrema Unción, cuando le dijo José: «Padre Antonio, ¿querría V. vivir todavía ocho días para ganar el jubileo del Año Santo que comienza en la Vigilia de Navidad?—¡Ah! respondió el enfermo, nada me quedaría que desear, si me concediera el Señor esta gracia.—Tenga V., pues, añadió el Santo, amor de Dios y fe, y no dude V., porque todo es posible al que cree». En efecto, toda la semana vivió el enfermo sin sufrimiento alguno y con la mayor tranquilidad. La vigilia de Navidad comulgó para ganar el jubileo, y cuando anunciaban la apertura del Año Santo, el cañón de Sant-Angelo y las campanas de la ciudad, hizo llamar el P. Antonio al Superior, que estaba cenando, y al verle le dijo: «Padre mio, ha llegado mi hora, ha comenzado el Año Santo, y yo, miserable pecador, he hecho lo que de mí dependía para ganar el jubileo; déme V. P. la bendición, y marcharé á la otra vida». A estas palabras contestó el Superior, derramando abundantes lágrimas, «Si le llama Nuestro Señor, vaya V. R., yo le bendigo». Y al hacer en su frente la señal de la cruz, expiró á la edad de 28 años.

Mucho más ruidoso fué el siguiente milagro. Disponíase el

M<sup>o</sup> BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

S. José de Calasanz á los 62 años restituye á un niño un ojo que otro le habia sacado riendo.



Santo á confesar para ganar el jubileo, cuando lo mandó llamar una costurera que estaba en el lecho de muerte. Acabó José la confesión comenzada, y después con toda tranquilidad, acompañado del P. Berro, llegó á la casa de la enferma que acababa de morir. Su médico, Castellani, que había sido también médico de Gregorio XV, hombre muy hábil en su profesión, declaró que había llegado muy tarde el sacerdote, y que aquella pobre mujer no daba señal alguna de vida. El Santo se puso de rodillas junto á la cama, y mandó hacer lo mismo á todos los asistentes. Creían que iba á rezar el *De profundis*; pero, con gran sorpresa de todos, rezó las Letanias de la Santísima Virgen, respondiendo los demás, *Ora pro ea*, como se hace para los difuntos. No habian concluido las Letanias, cuando gritó la difunta: «Ayúdeme P. José». Había resucitado, y decía: «He visto y he conocido en el P. José cosas más sorprendentes que mi resurrección».

Hemos visto ya el afecto que hacia las Escuelas Pias sentía el Obispo de Alessano: hallábase gravemente enfermo su mayordomo Reginaldo de Sodi; suplicó á José el Prelado que fuera á visitarlo al Borgo, cerca de San Pedro, donde vivía. Estaban en consulta los médicos, y siendo excesivamente alta la fiebre, no sabían qué remedio aplicarle, porque entonces no se conocía aun la quinina que es el remedio único contra las fiebres palúdicas de Roma. Púsose en oración José, tomó el pulso al enfermo, y declaró que allí no había fiebre. Extrañados los médicos, afirmaron que la fiebre era extremadamente violenta, y, sólo por condescencia con José, examinaron otra vez el pulso: efectivamente, había desaparecido la fiebre.

En 1625, antes de la hora de clase, riñeron dos alumnos en lo alto de la escalera ante la estatua de la Santísima Virgen del P. Dragonetti, y se dieron de golpes con los portaplumas de hueso. Prueba largamente el autor de la vida de San José, apoyándose en el testimonio de Salomón (Prov. XXV. 18) que suceden cosas semejantes hasta en las casas mejor organizadas y más vigiladas, lo cual es muy evidente. Sea lo que se quiera, es el caso que el uno hirió gravemente al otro en el ojo izquierdo, que hizo saltar de la órbita, y que estaba colgado en la mejilla hasta tocar los labios. A los gritos del herido acudió muchedumbre de alumnos y de Padres, y entre ellos José. Tomó el Santo el ojo, lo puso en su lugar, y después de apretarlo un momento, lo bendijo, quedando sano el niño «Anda á clase, le dijo, no es nada». Efectivamente no quedaba la más ligera señal de la herida.

Durante el Año Santo se olvidó de tocar á vísperas un día el P. Croce, Horario del Noviciado. El bienaventurado Padre estaba en San Pantaleón; pero su corazón y su pensamiento estaban en el Noviciado. Apareció al P. Croce, y le reprendió por su negligencia: corrió éste á reparar la falta, y tocó las campanas sin avisar al Superior, P. Alacchi, como lo ordenaba la Regla.



Iba á castigarle el Superior por la nueva falta, cuando se apareció también á él el Santo defendiéndolo.

El P. Croce acompañaba un día á Frascati á los Novicios que no habían comenzado el año de probación, para que asistiesen á una procesión solemne de la Santísima Virgen. En la siesta después de la comida, apareció el P. General al P. Croce, y le mandó que al día siguiente volviera con los Novicios á Roma. Creyendo éste que no era más que un sueño, quiso llevarlos á la quinta de Belvedere para que se divirtieran un poco; pero, cuando fué á pedir permiso al Superior, el P. Alacchi le mostró la carta del P. General, que acaba de recibir en aquel momento, mandándole que lo enviase á Roma, viendo confirmada la verdad de la aparición del día anterior.

No sobresalía menos por el don de profecía que por el don de milagros. Cayó enfermo el 31 de agosto de 1625 el P. Cananei, y le escribió el Santo el 3 de septiembre. «Tiene V. R. cerca de su cama á la Santísima Virgen que es Madre de misericordias, y Señora de todas las gracias: pídale que le conceda la salud para servir á Dios con toda la perfección posible, ó también su gracia y su protección para comparecer ante el Soberano Juez.» Cierto que no era una profecía; pero acostumbrado el Superior á la segunda intención del P. General, pensó que no viviría mucho tiempo el enfermo, que murió nueve días después.

Dando un día la comunión el P. General á los Clérigos y Coadjutores, iba á dar la Santa Hostia á un Novicio, cuando oyó una voz interior que le decía: «Cuidado ¡mira lo que haces conmigo! ¡ah! me pones en una inmunda cloaca.» Detúvose aterrado José. Terminada la misa, llamó secretamente al Novicio, y le manifestó lo que había oído. Asustado éste, derramó lágrimas abundantes, y después de seria preparación, hizo confesión general reconciliándose con Dios.

El Domingo de Ramos de 1626, hicieron los Religiosos de San Pantaleón la procesión ordinaria llevando después á nuestro Santo que estaba postrado en cama la lista de los Padres que habían asistido, y que llegaban á treinta. Alegróse mucho al ver tan gran número, y anunció que ninguno de todos aquellos moriría aquel año: y sucedió así, aunque hubo algunos gravemente enfermos. De los ausentes murieron varios. Había asistido á la procesión el P. Melchor Alacchi, y poco después enfermó gravemente. A fin de mayo se le declaró la fiebre maligna, quedando negro su cuerpo, y exhalando hedor insupportable. Desahuciáronle los médicos, y avanzando á grandes pasos la muerte, se le administraron los últimos Sacramentos. Pasando por delante de San Pantaleón Mgr. Castellani, hizo detener la carroza, y preguntó cómo seguía el P. Alacchi. «Muy mal» contestó el portero; pero, como estaban los médicos en casa, fué á recibir noticias exactas. «Diga usted á Mgr., respondió el médico, que humanamente hablando no hay esperanza alguna: el

»enfermo está espirando.—No, no; dígame usted que está mejor, »y que esperamos que no se morirá.—Pero, replicó el médico, »aseguro á usted que es caso perdido, y que apenas si le queda »un soplo de vida; y volviéndose al portero le dijo: Diga á »Mgr. que va á morir en un instante más.—Al contrario, replicó el Santo, dígame usted que está bien, y que nos lo ha dejado »el Señor.» Embarazado quedó el portero ante aquellas dos noticias tan contrarias. «Sucederá, dijo el Cardenal lo que ha dicho el bienaventurado Padre, de lo que me alegro mucho.» No había pasado una hora, cuando subió á la enfermería el Padre Berro que era entonces portero. Viendo que sacaban algunos muebles, juzgó que había muerto el P. Melchor, como lo había anunciado el médico, y derramando lágrimas preguntó dónde habían depositado el cadáver. De muy buena gana se rió el enfermero, y le acompañó á donde estaba el enfermo ya curado, libre de la fiebre *petequial*, y vuelto á su color natural: «P. Berro, le dijo, estoy enteramente bien: dé usted gracias á nuestro Señor que me ha concedido este favor por las oraciones de nuestro P. General. Parecíame que estaba en una alta montaña, y que me precipitaba en el abismo, y cuando estaba enteramente asustado, vi á nuestro Santo Fundador que desde la tierra tocaba el cielo, y extendía hacia mí los brazos para no dejarme caer. Vuelto en mí, me he hallado enteramente »sano.»

Durante el estío, cuando comenzaba á salir José después de su grave enfermedad, mandó á buscar al Santo el Marqués Francisco Biscia, hermano del Cardenal del mismo nombre. Se había atravesado un hueso en la garganta á su hijo Bernardino: como estaba muy adentro, negáronse á extraerlo dos cirujanos; ahogábase el niño, é iba á morir. Hizo sobre él la señal de la cruz José, y salió el hueso sin causar lesión alguna.

El Hermano Benito, Novicio Coadjutor, partía leña para hacer colada: una astilla se le clavó en un ojo tan profundamente, que, llamados á toda prisa el médico y el cirujano, se negaron á arrancar la astilla, porque era muy peligrosa la operación. Sufrió mucho el pobre Hermano sintiendo en el alma quedar tuerto: Hizole José que saliese un poco al huerto, escuchó sus lamentos, le consoló, y tomando después una hoja de hinojo, la colocó sobre el pedazo de madera, que cayó al punto por sí mismo, sin dejarle el menor rastro ni dificultad alguna para la vista.

Antes de salir José para Nápoles, cierto día faltaron por completo los víveres en la casa de San Pantaleón. Era la hora de comer, y asustados los Religiosos, le manifestaron la miseria en que se hallaban. «Vayan VV. RR. todos ante el Santísimo Sacramento, y recen cinco Padrenuestros y cinco Avemarias.» No habían concluido aquella corta oración, cuando llamaron á la puerta. Fué á abrir el portero, encontró en el zaguán gran cantidad de víveres, y lejos ya, en la calle, un joven que guiaba tres mulas con que había llevado aquellos víveres. Nadie dió



noticias de él, creyendo todos que las oraciones de José habían hecho descender un Ángel del cielo.

En junio de 1628, fué atacado de una fiebre violenta en San Pantaleón el P. Zamparelli: sanó; pero, como no se cuidaba mucho, recayó con complicación de pleuresia y con continuos vómitos. No sólo no podía retener alimento alguno, sino que además arrojaba todas las medicinas que le daban. El 12 de marzo creyeron los médicos que era necesario administrarle los Santos Sacramentos. José se dirigió á la cocina, preparó él mismo un plato, lo bendijo, y lo llevó al enfermo, asegurándole que no lo arrojaría. Obedeció el Padre, y se halló curado, cenando en la noche, como si nunca hubiera estado enfermo.

Dos días después se embarcó el Padre para Nápoles buscando el aire de su tierra. Le encargó José que llevara consigo á un Clérigo, llamado Marrocca, que, consumido por larga fiebre, no podía tomar alimento alguno. El que debía comunicar la orden al enfermo, contestó: «Padre General, no puede moverse ese joven, hay que obligarle á comer: ¿cómo quiere V. P. que se vista y que se vaya á Nápoles?» Nada más dijo el Religioso, y comunicó la orden al enfermo. El Clérigo obedeció sin titubear, se puso los vestidos y saltó de la cama sin que nadie le ayudase ni sostuviese, con asombro de todos los que lo presenciaron. quisieron buscar una silla para conducirlo á Ripagrande, donde debía embarcarse, y José replicó: «No hay necesidad, le ha dado la salud el gusto de volver á Nápoles.» Anduvo dos millas á pie sin fatiga alguna; pero nadie pudo creer que había recobrado la salud con el gusto de volver á ver su patria, y todos afirmaban que había sido milagro de su Santo Superior.

A veces anunciaban algún castigo sus profecías. El P. Domingo Román pedía permiso para ir á ver á sus padres que vivían en Cosenza, capital de la Calabria Citerior. Negóselo al principio el P. General; pero, movido después por sus instancias, le dijo: «Vaya V. R.; pero no le faltará que sufrir, ya que va de esta manera». En efecto, apenas dejó aquel Padre el Tiber y entró en la mar, se levantó una tempestad horrorosa. Estuvo á punto de morir muchas veces; sufrió hambre y sed, hubo muchos huracanes, y sólo dos meses después pudo desembarcar cuatro millas de Cosenza, cerca de una quinta en que vivía una hermana suya. Apenas se sentó á la mesa para cenar, le acometió una violentísima fiebre con convulsiones que parecían precursoras de la muerte. Lo trasportaron como pudieron á la ciudad, donde declararon los médicos, que no había que pensar sino en administrarle los Santos Sacramentos y leer la recomendación del alma, pues estaba ya en la agonía. Cuando llegaron á aquella hermosa oración, *Proficiscere anima*..... se le apareció San José, y le dijo: «Aprenda V. R., Padre Domingo, lo que cuesta obligar á los Superiores á que hagan lo que no quieren. Después de hablar de esta manera con semblante severo, continuó con la dulzura que le era habitual: «Levántese

V. R. y alégrese, pues no morirá por esta vez, el Señor le concede la salud». Y se halló de tal manera sano, que los médicos le llamaban el muerto resucitado. Vuelto á Roma, fué á echarse á los pies de su Superior, pidiéndole perdón de su desobediencia. Contestóle José que, habiendo expiado bastante su pecado, se reservaba consolarle, cuando llegara el momento. Dos meses después le ordenó el P. General que volviese á su país, donde le esperaban asuntos de importancia. Por esta vez, el viaje fué tan feliz como rápido; halló á su padre moribundo, le asistió en los últimos momentos, y después de darle sepultura, arregló todos los negocios de familia, y en cuatro días con navegación muy feliz volvió á Roma.

Cayó gravemente enfermo el P. Vicente Berro, aquel portero de quien ya hemos hablado varias veces, y á quien más tarde encontraremos como uno de los mejores miembros de la Orden. Tenía una fiebre violentísima, vómitos continuos y además, tal debilidad, que no se le podía mover sino levantándole con la misma sábana y con muchas precauciones. Pudo recibir el Santo Viático, pero desde aquel instante, ya no pudo retener ni una gota de líquido. Un día de los de más gravedad fué á verlo José, llevando la urna en que guardaba el corazón de Glicerio Landriani, y le preguntó si había conocido á aquel santo joven: «No, contestó el enfermo, pero he oído hablar muchas veces de su gran santidad.—Entonces, replicó José, cree V. R. que puede obtener del Señor la salud, si es para el bien de su alma?—Lo creo, y lo espero, respondió el enfermo.—Aquí está el corazón de aquel Padre; si tiene fe V. R., le obtendrá la salud: encomiéndese á él». Le hizo besar la urna, le mandó que dijera tres veces el Padrenuestro y el Avemaría, le bendijo haciendo la señal de la cruz con el corazón, y lo dejó muy consolado y animado. Algunos instantes después quiso levantarse el P. Berro, llamó con tanta fuerza cuanto le permitía la debilidad en que estaba; pero, ocupado el enfermero con otros enfermos, no le oyó, y José que estaba ausente le contestó: «¡Qué! ¿no cree V. R. que el P. Landriani ha podido conseguirle del Señor la curación? y si lo cree, ¿por qué no se levanta, sin que le ayuden? Levántese V. R., y tenga confianza en la intercesión de aquel Venerable Padre». Avergonzado el enfermo de su poca fe, trató de moverse, y viendo que tenía ya fuerzas suficientes, se levantó sin dificultad, se vistió, fué al extremo del corredor y volvió, como si estuviera en plena salud. Mientras rezaba el *Te Deum* en acción de gracias, oyó una voz que decía: «Aquí está el P. Landriani que viene á visitar á V. R.». De repente sintió como un soplo agradable que recorría todo su cuerpo, lo que le produjo, primero gran temblor, y después sudor copiosísimo. En aquel momento se presentó el P. José, y le dijo: «Como está V. R., P. Vicente.—Gracias á Dios, estoy bien, ha venido á verme el P. Landriani». El Santo lo animó y fortaleció, y quedó enteramente sano.



Recordó el P. sacristán de San Pantaleón, después de tocar á las primeras misas, que no había velas, cuando ya estaban revestidos los sacerdotes. Corrió á la habitación del Santo, le pidió perdón de la falta, y le expuso sus apuros, porque á aquella hora tan temprana estaban cerrados los comercios. Había en la Sacristía dos grandes cirios que se ponían en el altar mayor los días de fiesta. Mandó José que los cortase en trozos: los bendijo, y al punto se corvirtieron en velas ordinarias, anunciando al sacristán que tendría velas para mucho tiempo, y se cumplió la profecía. Pero le prohibió también por obediencia comunicarlo á persona alguna. Sólo después de la muerte del santo, creyendo ya el P. sacristán que no estaba obligado al secreto, contó este milagro que se halla consignado en el proceso de la Beatificación.

Cayó gravemente enfermo el Cardenal Domingo Ginnetti el año 1629. Creyéndose á punto de morir, mandó llamar al P. José para que le asistiese en los últimos momentos. Pocas esperanzas dejaba concebir la enfermedad á causa de su edad muy avanzada, tenía 79 años. «Vuestra Eminencia, le dijo José, »tiene todavía vida para diez años.» Y como no quisiera creerlo el Cardenal, que se sentía muy enfermo, ¡qué! ¿acaso, le dijo, no cree S. E. que cumplirá el Señor lo que ha prometido? Murió en efecto, á los 89 años el 12 de Marzo de 1639.

En 21 de Abril de 1629, envió el P. General cinco Religiosos á Nápoles, y entre ellos al clérigo José Apa. Para protegerlos en el camino, les dió, como acostumbraba, una cruz de madera de veinticinco centímetros de longitud para que la llevasen en el pecho, y los bendijo. Se embarcaron en Ripagrande, en el Tiber, con otros muchos pasajeros. Era favorable el viento al desembocar en el Mediterráneo, creyendo el capitán que podría salir á alta mar. Pero después de algunas horas de navegación feliz, al entrar el falucho en aguas de Gaeta, se levantó de repente tempestad tan horrorosa, que los marineros se creyeron perdidos sin remedio, pensando que no les quedaba más que prepararse á morir bien. Levantóse entonces el Hermano Apa lleno de confianza en Dios por los méritos de su Padre General que los había expuesto á aquel peligro, excitó á todos á la esperanza, dijo en alta voz un Acto de contrición, que repitieron todos llorando, y tomando la cruz, bendijo los vientos y el mar, y la arrojó en medio de las encrespadas olas. Calmóse al momento el mar, se serenó el aire, desapareció la tempestad, corrió un viento favorable, y llegaron la misma tarde á Nápoles bendiciendo á Dios, y dándole gracias por aquel tan evidente milagro. Mas, ¡oh prodigio! al desembarcar del falucho vieron todos los pasajeros delante de la proa la cruz del Hermano Apa, que durante muchas millas había guiado el buque, yendo delante hasta la costa.

Durante el mes de junio de 1529 fué atacado de tabardillo el Sr. Bernardino, hijo del Marqués de Biscia, el mismo á quien

José había sacado el hueso que se le había atravesado en la garganta, declarando los médicos á la familia que no tenía vida sino para algunas horas. En su desesperación, enviaron los padres á buscar á José, y, como vivían cerca de San Pantaleón, llegó pronto. La Marquesa de Biscia y su hija la Marquesa Hortensia se llegaron á José echándose á sus pies, como las hermanas de Lázaro, pidiendo bañadas en lágrimas la salud de aquel niño: unió también su ruegos el Cardenal Lelio Biscia. Levantólos José sonriendo, asegurándoles que el niño no tenía nada. Púsose de rodillas, rezó una corta oración, tomó el pulso al enfermo asegurando que no tenía fiebre. «¿Cómo puede ser, replicaron, si han asegurado los médicos hace un momento que era muy intensa la fiebre?—Sin embargo, este joven no tiene fiebre, dadle de comer.—¡Imposible! hace ya muchos días que apenas si toma algún líquido». Repitió la orden el Santo, y como el enfermo insistía también en pedir de comer, le llevaron algunos alimentos que bendijo José, dándolos al moribundo, que los comió con buen apetito. «Ahora dejadle descansar». Durmió Bernardino gran rato, y cuando llegaron los médicos dos horas más tarde, estaba enteramente sano, lo cual les obligó á decir en voz alta que era verdadero milagro obtenido por los méritos del P. José.

En el mismo mes, un Religioso Clérigo, el Hermano Silvestre Bellei estaba con una violenta fiebre en la enfermería de San Pantaleón. La víspera del Corpus suplicó á nuestro Santo que le llevasen la comunión. «No, dijo el Santo, no conviene »sacar así como así á Dios nuestro Señor, supuesto que su »enfermedad es de solo un día; mañana, en obsequio á la solemnidad, irá V. á comulgar á la Iglesia». Y como no se quedó convencido el enfermo que se sentía grave, añadió José: «¿Conoció V. al P. Landriani?—No, respondió él». Mandó entonces por la urna en que estaba encerrado su corazón, hizo que la besase el Hermano, se la puso en el pecho, y lo bendijo con aquel corazón. Desapareció al punto la fiebre, quedó profundamente dormido el enfermo, y cuando despertó, estaba perfectamente curado, de suerte que al día siguiente, fiesta del Corpus, comulgó en la iglesia con los demás.

Se notará el cuidado que tenía José en emplear siempre que podía algún medio para atribuir á otros todo el mérito de sus milagros, desviando así la opinión. Con frecuencia se servía del corazón de Landriani, otras veces del trigo de S. Nicolás de Bari, del cual era muy devoto el Santo. Por eso escribía en 14 de agosto de 1630 al P. Querubini, su Asistente. «Hace muchos días que »tiene tercianas la madre de V. R.; pero por la gracia de Dios, »sigue mejor. La he visitado dos veces, llevándole el corazón de »nuestro Venerable P. Glicerio, y dos frasquitos de trigo de San Nicolás de Bari».

En octubre de 1629 fué atacado el P. García de aquellas malhadadas fiebres palúdicas que tan frecuentes eran en Ro-